

LOS PILARES DE LA IGLESIA

¿Quién fundó la Iglesia Cristiana?



Máximo García Ruíz

LOS PILARES DE LA IGLESIA
¿Quién fundó la Iglesia Cristiana?

COLECCIÓN DE TEOLOGÍA

Sola Fide
Editorial



EDITORIAL SOLA FIDE

C/ Conde Orgaz N°2
37005 Salamanca (España)
Ciudad Europea de la Cultura
Tel. (34) 611 128 322
info@solafide.es | editorialsolafide@gmail.com
www.solafide.es

© Maquetación: Editorial Sola Fide
© Editor: Rubén Legidos
© Autor del texto: Máximo García Ruíz

:Sola Fidea es una editorial que respalda firmemente la protección del copyright. El copyright no solo estimula la creatividad, sino que también defiende la diversidad en el campo de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y fomenta una cultura vibrante. Agradecemos tu apoyo al comprar una edición autorizada de este libro y respetar las leyes de Derecho de Autor y copyright. Al hacerlo, estás respaldando a los autores y permitiendo que Sola Fide continúe publicando libros para lectores de todos los ámbitos.

Todos los derechos están reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede llevarse a cabo con la autorización de sus titulares, a menos que la ley prevea una excepción. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, incluido su diseño, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de estos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (artículos 270 y siguientes del Código Penal).

© 2024 Editorial Sola Fide

Los Pilares de la Iglesia ¿Quién fundó la Iglesia Cristiana?

Máximo García Ruíz
ISBN: 9789403756820

PRIMERA EDICIÓN: septiembre, 2024
COLECCIÓN DE TEOLOGÍA

IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE

PREFACIO	9
I. JESÚS DE NAZARET	15
1. Judío-galileo	16
2. El Documento Q, fuente primaria	22
3. Historia y leyendas.....	23
4. Ética vs. Ley.....	28
5. Los milagros.....	33
6. Verdadero hombre, verdadero Dios	35
7. ¿Fundó Jesús la Iglesia?.....	36
II. TRANSICIÓN APOSTÓLICA	43
1. Desconcierto y frustración.....	43
2. Se establecen las bases	47
3. Literatura apócrifa.....	51
4. El heresiarca Marción	55
III. IMPLANTACIÓN Y DESARROLLO	57
1. Herejías y Patrística	57
2. Mártires - Confesores -- Testigos.....	65
3. Ascetismo y monaquismo.....	72
4. Arrianismo.....	76

IV. ETAPA CONCILIAR	79
1. De la comunidad local a la institución.....	79
2. Conversión del Imperio	84
3. La Iglesia preconiliar	85
4. Constantino	88
5. Reseña de los concilios.....	90
EPÍLOGO	105
ANEXOS	107
I. Confesiones cristianas en la actualidad	107
II. La utopía de la unidad	113
III. Protestantismo actual en España	125

PREFACIO

Los pilares de la Iglesia cristiana, así como su proceso de fundación, pasan históricamente por cuatro etapas claramente diferenciadas y diferenciables: la etapa inicial, protagonizada por Jesús de Nazaret, cuya reseña queda reflejada básicamente en los cuatro evangelios canónicos; la etapa apostólica, cuyo representante más conspicuo es Saulo de Tarso, sin olvidar las aportaciones de los tres discípulos más destacados, Pedro, Santiago y Juan; en tercer lugar, la etapa que protagonizan los patriarcas-padres de la Iglesia e, íntimamente ligada con ella, la cuarta etapa o período conciliar, una vez que la Iglesia, suficientemente estructurada y ampliamente extendida por los dominios del Imperio romano, adquiere una configuración que en poco se parece a sus orígenes.

Bien es cierto que esta historia no tiene un final feliz. Todo el largo y penoso proceso de formación de una Iglesia vinculada por una misma fe y una idéntica esperanza, quedará frustrada por un rompimiento institucional que, a pesar de haber transcurrido casi veinte siglos desde la fecha en que se produjeron, no ha sido posible restañarla hasta la fecha ni

parece que existan posibilidades de lograrlo; antes bien, en el período transcurrido desde entonces, la Iglesia se ha fragmentado aún más.

La primera etapa se sustenta en las sentencias de su Fundador; la segunda, en la autoridad incuestionable de los apóstoles, la tercera etapa la protagonizan los herederos de los apóstoles, los cinco patriarcas (Jerusalén, Alejandría, Antioquía, Roma y Constantinopla), a los que se unirían otros líderes destacados de la Iglesia, dando lugar al período conocido como Patrística.

Seguiría la etapa de implantación y desarrollo, en la que cobran un papel relevante las persecuciones sufridas por los cristianos, conducentes a la época negra de los martirios; y, finalmente, la etapa institucional, en la que se va decantando un sistema mixto patriarcal-representativo que, posteriormente, iría adoptando diferentes manifestaciones, consecuencia de las distintas ramificaciones que van produciéndose a causa de las discrepancias teológicas y enfrentamientos políticos de los patriarcados entre sí, siguiendo con ello, en muchos casos, las huellas de la división civil que se había producido en el Imperio. Finalmente, esos enfrentamientos y divisiones darían origen a diferentes iglesias ortodoxas autocéfalas en Oriente, por una parte y, en lo que respecta a Occidente, a la iglesia latina, bajo el patriarcado de Roma, cuyo titular adoptaría el título de papa.

En esa etapa, final a nuestros efectos, cobran protagonismo los concilios ecuménicos ocupados en dilucidar las discrepancias teológicas que van surgiendo en las diferentes iglesias, tanto de forma aislada como en su conjunto.

Efectivamente, en el ámbito de los patriarcados orientales irá surgiendo una serie de iglesias autónomas e independientes entre sí, como la Iglesia copta de Alejandría, la Iglesia siríaca de Antioquía, la Iglesia apostólica de Armenia, la Iglesia de Malankara de la India, la Iglesia tewahedo etíope y la Iglesia tewahedo eritrea, todas ellas conocidas bajo el nombre común de Iglesias ortodoxas orientales. A éstas hay que añadir las Iglesias ortodoxas bizantinas, bajo el paraguas del Patriarcado de Constantinopla, cuya rama más destacada llegaría ser la Iglesia ortodoxa rusa, cuyos orígenes se vinculan a Kiev (Ucrania), sin que sea de nuestro interés aquí y ahora entrar en los aspectos históricos y/o teológicos que las distinguen, ni aún siquiera analizar detalles acerca de cómo fueron ramificándose o, incluso, extinguiéndose algunas de ellas por razones que no es el caso dilucidar en este ensayo..

Al contrario de la fragmentación que se produjo en Oriente, debido fundamentalmente a razones políticas, el patriarcado occidental, i.e., la Iglesia latina con sede en Roma, mantuvo bajo su patrocinio las iglesias nacionales de la zona occidental, entre otras la influyente y, por mucho tiempo, independiente iglesia de Milán, así como las de de Gran Bretaña, Las Galias, España y Alemania, conforme fueron convirtiéndose al cristianismo, si bien terminaron sometiendo a Roma que, a la sazón, ejercía no solo el liderazgo espiritual de Occidente, sino las funciones de representación política que el imperio decadente le había ido cediendo.

Y, como fruto posterior de la expansión misionera en el nuevo continente americano, las iglesias del Nuevo mundo adheridas a España y Portugal formarían, igualmente, parte del patriarcado occidental que asumiría para sí el concepto de

“iglesia católica” (universal) que, en sus orígenes, definía al conjunto de la cristiandad.

Sería siglos después, a raíz de la Reforma protestante, cuando la Iglesia de Inglaterra recuperaría su autonomía con respecto a Roma y surgirían las diferentes iglesias reformadas, separándose de la Iglesia latina, cuyo desarrollo y presencia se ha universalizado.

Antes de adentrarnos en cada una de las etapas sucintamente descritas y tratar de dar a cada una de ellas la atención que se merecen, vamos a centrar nuestra atención en dos doctrinas que son como esas dos columnas o vigas maestras sobre las que se sustenta todo el edificio, en lo que a la Iglesia cristiana se refiere.

Se trata de la fe que identifica a los cristianos y, por otra parte, del Espíritu Santo. Damos por sentado que ambas doctrinas forman parte del patrimonio espiritual de los creyentes, con plena independencia de la lectura que hagamos de los textos sagrados y del alcance que cada colectivo de cristianos pueda conferirles, dentro del ámbito histórico-doctrinal de cada confesión religiosa

Unido a estos conceptos está el término religión, que nos conduce al latín religare y que podría traducirse por “atar nuevamente”. Haciendo uso de una de las acepciones del término religión, podríamos definirlo como “conjunto de creencias, de normas de comportamiento y de ceremonias de oración o sacrificio que son propias de un determinado grupo humano y con las que el ser humano reconoce una relación con la divinidad,(un dios o varios dioses, según los cas”.

Dentro del campo religioso la fe es una experiencia personal que vincula al ser humano a un Ser superior que induce a la aceptación y al seguimiento de un conjunto de principios religiosos, de normas de comportamiento social e individual y una determinada actitud vital, que la persona considera como aspectos importantes o esenciales de la vida.

Pero si lo analizamos en profundidad reparamos en que la fe es algo más. ¿Tal vez, siguiendo los antiguos catecismos, fe es simplemente aceptar aquello que no se ve? Obviamente, ese tipo de respuesta resulta pueril por reduccionista. La fe es una forma de respuesta del ser humano a Dios, algo que ni los ojos ven ni la razón encuentra forma de explicar. La persona percibe a un Dios que se le revela y, en respuesta, en un acto volitivo autónomo, el ser humano acepta y establece un vínculo libre y comprometido con Dios.

La fe se desarrolla en ámbitos extra racionales; por consiguiente, no está sometida a ninguna regla filosófica, religiosa o social y, aunque sea coincidente con la experiencia vivida por otras personas y se enmarque habitualmente en entornos comunitarios, puede adquirir, y adquiera con frecuencia, perfiles personales que se producen únicamente en el ámbito de la experiencia individual.

Por otra parte, está la creencia en el Espíritu Santo. Esta doctrina forma parte del ámbito de la fe comunitaria que, junto a las figuras del Padre y del Hijo, darían forma con el tiempo a la doctrina de la Trinidad. No es exclusivo del cristianismo ver en el ser humano dos o tres elementos que han recibido personalidad propia, distinguiendo y diferenciando una realidad propia cada uno de ellos, i.e., el cuerpo por una

parte y, por otra, una realidad espiritual, trascendente, el espíritu y/o alma.

Para los hebreos, el Espíritu de Dios aletea por encima de las aguas (cfr. Génesis 1:1-2); adopta formas diferentes: de huracán, de viento suave, planea sobre los abismos... Puesto que Dios es invisible, es percibido a través de ciertos fenómenos de la naturaleza, por medio de los cuales se comunica con los seres humanos.

El cristianismo actualizaría la presencia del Espíritu de Dios (el Espíritu Santo) como acompañante y como poder liberador. Y lo hace hasta el extremo de que ya no se trata del Dios lejano, misterioso, aunque amigo de Abraham, cercano a Isaías o protector de Elías, sino de la encarnación en un ser humano, verdadero hombre y verdadero Dios para terminar mostrándose como un ser potente e invisible que habita en el ser humano, convertido en templo del Espíritu Santo.

Al igual que hemos indicado en lo que a la fe se refiere, la doctrina del Espíritu Santo se desarrolla en ámbitos extra racionales, sea en el orden personal como en el comunitario. Tanto la experiencia personal como la colectiva, no están sometidas a ninguna regla o control filosófico, religioso o social ya que forma parte de experiencias espirituales que cada individuo o cada comunidad los percibe de manera diferente, por lo que, tanto la fe personal como la identificación del Espíritu Santo, dándose por supuestas en aquellas personas que las ostentan, no condicionan el análisis histórico de nuestra narración ni la reflexión sobre la realidad percibida, que se ocupa preferencialmente de identificar los hechos que se narran, sujetos a evoluciones posteriores en el tiempo histórico en el que se producen.

I. JESÚS DE NAZARET

Una vez transcurridos veinte largos siglos, no resulta sencillo recomponer el perfil de alguien que ha sido interpretado y reinterpretado de formas tan diversas y desde planeamientos no siempre respetuosos con la información recibida y, superando esas dificultades, hacerlo con los datos históricos a nuestro alcance. Por nuestra parte nos dejaremos guiar preferentemente por el texto neotestamentario que hace referencia a su persona y a sus dichos; y lo hacemos con un objetivo, determinar el nacimiento, desarrollo e institucionalización de la Iglesia que será fundada en su nombre y en el entorno de su persona. No perdemos de vista, tampoco, que los relatos que existen acerca de su persona, de su vida y de las enseñanzas que impartió fueron escritas, las más cercanas a los hechos ocurridos, tres décadas después de su muerte y, algunas de ellas, por personas que ni le conocieron ni oyeron de primera mano sus palabras.

1. Judío-galileo

Efectivamente, la sobreabundancia de símbolos con los que, con el paso del tiempo, se ha sobrecargado la figura de Jesús de Nazaret alcanza tales dimensiones que, con frecuencia, cuesta trabajo identificar al Jesús de la historia con el Jesús de los evangelios, teniendo en cuenta, por otra parte, como ya hemos apuntado anteriormente, que los tres relatos históricos sinópticos fueron escritos pasadas tres décadas desde su muerte, ya en el fragor de una gran devoción popular entre sus seguidores que, por entonces, ya habían asumido el tránsito de Hijo del Hombre a Hijo de Dios, de predicador itinerante a Cristo redentor, el Mesías esperado por sus antepasados judíos.

Y, a mayor abundamiento, en lo que al cuarto relato se refiere, el evangelio de Juan, elaborado al menos siete décadas después de la muerte de Jesús (en torno al año 95 d.C.), fue escrito cuando algunas de las doctrinas más relevantes ya habían cristalizado en las iglesias apostólicas, sin que ninguno o muy escasos seguidores de esos últimos años hubieran conocido y tratado al Maestro en persona.

Como fuentes de referencia, además de los cuatro evangelios canónicos, recurrimos a la información aportada por los documentos apócrifos que, aun no gozando del beneplácito de la Iglesia universal a los efectos de ser considerados como textos inspirados, sí contribuyen, no obstante, a establecer el perfil de Jesús de Nazaret. La condición de apócrifos en el sentido de no pertenecer al cuerpo canónico no es óbice para que en ellos podamos encontrar algunos datos esenciales al